

HOMENAJE

**CENTENARIO DEL INSTITUTO LIBRE
DE SEGUNDA ENSEÑANZA**

Discurso pronunciado por el Rector del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, académico Dr. Roberto Repetto, en el acto público realizado el 14 de mayo de 1992

En el principio fueron los grandes hombres. La inspiración inicial de fundar un colegio autónomo pertenece a Calixto Oyuela. Pronto la auspiciaron Mitre, Vicente Fidel López, Aristóbulo del Valle, Antonio Bermejo y Amancio Alcorta.

La idea central fue, en la palabra de Calixto Oyuela, formar un hogar de educación esmerada, de carácter clásico y tendencia universitaria. Sus bases fueron y son la independencia de criterio respecto a toda confesión religiosa o anti-religiosa, escuela filosófica o partido político, el respeto a la conciencia del profesor y del alumno, la formación ética y la educación estética.

El Instituto Libre fue inaugurado el 16 de mayo de 1892. Vicente Fidel López fue designado Presidente del Consejo Superior y eran vocales Bartolomé Mitre, Aristóbulo del Valle, Antonio Malaver y el ingeniero Luis Huergo. Estos nombres hablan por sí. Ningún comentario es necesario pues sus vidas y obras honran la historia de la Nación. Los miembros del Consejo Superior decidieron donar una cuota mínima de cien pesos para subvenir a las primeras necesidades. La librería Lajouane donó algunos libros, la farmacia Gibson elementos para los laboratorios.

Entre esfuerzos y sacrificios que pertenecen a la historia o al olvido, conmueven los gestos de Mitre y de Vicente Fidel

López que se ofrecieron para dictar clases, Mitre de Historia nacional, López de Latín y Literatura clásica. Ambos tenían por entonces un prestigio mucho mayor al que puede dar el talento. Recuérdese el drama de sus días, la lucha contra la tiranía, el destierro, la investigación histórica, la edad —Mitre tenía setenta y un años y López setenta y ocho—, el combate, en fin, para organizar la Nación. Solo un gran amor al país y a la juventud, la juventud de ellos mismos, de sus ideales, explican la humilde grandeza de ese gesto.

El siglo XIX

Imposible enumerar aquí a todos los constructores del prestigio de nuestra casa. A grandes rasgos, evocaremos algunos de los rectores y de los profesores que a través de los días, de los años, contribuyeron de modo decisivo a la obra común. Adolfo Orma fue el primer Rector. Era sobrio, reflexivo. Puso orden en la disciplina y en la incipiente economía del Colegio.

Aristóbulo del Valle firmó el acta constitutiva del Colegio. La Sala de Profesores del Instituto Libre guarda un tiempo suyo entre sus viejos muros. Allí puede leerse una carta autógrafa de Vicente Fidel López que dice así: "Estoy contento mi querido Aristóbulo porque he encontrado en usted el hombre que buscaba para poner a nuestra juventud en el camino de la distinción y de la dirección de los intereses públicos". Todos sabemos que Aristóbulo del Valle fue estadista, orador y constitucionalista. Ante todo, sobre todo, fue un hombre puro, que representó en sus días y representa hoy, la política idealista y el valor cívico. Infundía ese respeto que los hombres sinceros inspiran y por esa pureza apasionaba a la juventud. Sin hacer "elocuencia" era el orador medular del Senado. Hablaba con la sobriedad que conviene al hombre de derecho. Preconizaba el imperio indefectible de las normas constitucionales concebidas como preceptos de ética política. Como se ha dicho, parece escrita para él esta definición de Catón: "El orador es un hombre de bien que habla bien".

Alguien escribió que su hermosa cabeza de varón era el reflejo de una belleza interior. En verdad, era por su línea de conducta, un hombre cabal. Durante su rectorado prevalecieron la inteligencia y la disciplina. Bondadoso con los alumnos no toleraba, sin embargo, el desorden, ni la menor

falta de respeto. Por otra parte, en esos días se proyectó y aplicó un Plan de Estudios cuyas bases permanecen hoy.

Es el momento de recordar a uno de los grandes servidores del Instituto Libre, el Rector salteño: Rafael Ruiz de los Llanos. La distinción patricia y una espléndida tolerancia humana caracterizaban su personalidad. Fue Diputado nacional y Presidente de la Cámara. Era un latinista consumado, traductor de Horacio. Desempeñó su oficio durante once años. Murió en su puesto. Fue el primer Rector rentado con obligaciones diarias y responsabilidades definidas. Conjuro una crisis grave. Sucedió que, a causa de los aranceles reducidos y del retiro de la subvención del Estado, fue imposible cubrir los gastos. Ante esa situación, el Consejo Superior decidió clausurar el Colegio. Ruiz de los Llanos incumplió esa decisión, y luego bregó, pidió ayuda a los padres, ejerció influencias y venció. Los cursos de 1900 se inauguraron sin que nadie supiera lo que había ocurrido. Importa destacar que merced a su esfuerzo y al apoyo de Joaquín González, el Instituto Libre se instaló en casa propia, según decreto que firman Roca y Joaquín González.

Los Rectores fueron acompañados por profesores insig-nes. A modo de ejemplo, mencionaremos los siguientes: Nicolás Avellaneda, Ángel Gallardo, Julio Roca (h), José Ingenieros, Juan Nielsen, Alfredo Sordelli, Ángel de Estrada, Ernesto Celesia, y tantos otros no menos eminentes en las Letras y en las Ciencias.

¿Qué formación tenían los hombres cuya obra hemos sugerido? El sencillo país de entonces no era un pequeño país pues en él actuaban grandes hombres. Las personalidades nombradas vivieron la argentinidad como una cultura viva. En lo político, en el sentido arquitectónico, aristotélico, de esa palabra, provenían de nuestro más grande escritor-estadista, de Juan Bautista Alberdi. En lo literario, prevalecía en esa generación la prosa de Cané, de Wilde, de Lucio López. Por otra parte, leían a los grandes escritores franceses de la época, la alta prosa literaria y política del siglo: Sainte Beuve, Chateaubriand, Lamartine, Tocqueville, verbigracia. De ese modo, se formaron en la claridad, la precisión, en la sabiduría literaria construida a través de los siglos por las generaciones de Francia. Por esta manera, su cultura era argentina y universal.

El Instituto Libre tuvo horas prósperas y momentos en extremo difíciles. Es por todos conocido que muchos bachilleres que pasaron por sus aulas ocuparon elevados cargos en el gobierno o en la vida privada y han enriquecido el patrimonio cultural del país. A modo de ejemplo, memoramos un Presidente de la Nación, un Rector de la Universidad, un Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, gobernadores, jueces, publicistas, abogados, periodistas, un gran escultor, y hace poco fue discernido a un ex alumno el Premio Cervantes, la más elevada distinción que en el lenguaje español se concede.

Jacobo Burckard escribió que el verdadero siglo xx empieza después de la guerra de 1914. En ese concepto, Coriolano Alberini es el primer Rector de nuestro siglo. Se desempeñó durante treinta años. En ese lapso, imprimió al Colegio la forma y el espíritu progresista que llega hasta nuestros días. Con tranquila perseverancia dedicó su vida a la filosofía y a la cátedra. Poseía una poderosa inteligencia crítica, acre, aguda, destructora y constructiva a un tiempo. Una vasta cultura daba nitidez a sus ideas y sobriedad a su expresión. Vinculó nuestros estudios con las doctrinas sustentadas por Bergson, Boutroux, Croce, Weber. Luchó contra el imperio dogmático del positivismo. Interesa destacar que señaló tempranamente la importancia filosófica de las teorías de Einstein. Escribió un libro sobre la filosofía alemana en la Argentina que Einstein prologó. En esa introducción dice que Alberini "todo lo penetra y valoriza con su aguda mirada crítica de latino". En el largo decurso de su desempeño se fijó en seis años la duración de los estudios secundarios, medida que no debió modificarse; además, fueron construidos el Salón de Actos y la Biblioteca actual.

Por entonces, la mayor parte de los profesores eran egresados de la Facultad de Filosofía y Letras o de otras facultades nacionales. Solo podemos mencionar algunos: Juan Nielsen, Arturo Capdevila, Mauricio Nirestein, José Oría, Enrique Butty y Osvaldo Loudet.

En el principio aparece Aristóbulo del Valle y hacia el final, ya en nuestro tiempo, a su altura eminente, está Osvaldo Loudet. Loudet fue un humanista, palabra que aquí designa una personalidad armoniosamente desarrollada en distintas di-

recciones del pensamiento y de la acción. Lo era, también, por el asiduo cultivo de las letras clásicas. Por constitución buscaba las esencias, los valores permanentes. Así se explica su vocación a la vez científica y poética. Tenía una inteligencia poderosa impregnada de sensibilidad artística. Dijo una vez: "La vida intelectual pura es absolutamente gris; en cambio, la vida emocional tiene todos los colores del arco iris". Escribió también esta frase humanísima: "Si la ciencia es la que lee con más verdad sobre la vida, el arte es el que sueña con más amor sobre los hombres".

Dos anécdotas que no son meras anécdotas. En mis dieciséis años tuve mi primer trato con Loudet. A través de la bruma de los años lejanos veo con la mirada interior su figura, y oigo todavía su voz mientras explicaba con una claridad penetrante el pensamiento de Bergson sobre materia y memoria. Su exposición revelaba el prodigio del cerebro humano, de manera que pude intuir por vez primera la espiritualidad y la inmensa inteligencia que hay en lo que los hombres llaman materia. Los años pasaron. Lo vi en su casa, en sus últimos días. Me confió que lo mejor de él era que había sido un hombre bueno. Al despedirse apoyó su mano sobre la mía y me dijo "no se olviden del Instituto". Siento todavía el imperativo de su mano cálida.

Al evocar a estos varones ejemplares comprendemos mejor cuán ingente es la deuda con ellos contraída. Parece escrita para ellos esta frase de Bergson: "Hay que pensar como hombres de acción y obrar como hombres de pensamiento". Buscaron la verdad, la que podía revelarles la inteligencia bajo la guarda de la conciencia moral y, como recompensa, fue concedida la belleza a sus vidas y obras.

Hoy constituyen una tradición, es decir, los muertos que mandan, aquellos cuya obra orienta a las generaciones siguientes y asegura la continuidad creadora de la vida. No se trata de mantener una cultura caduca sino de respetar los valores permanentes para así, según se ha dicho, hacer florecer de las viejas raíces una cultura moderna. Se trata del "Sistema de ideas vivas que cada tiempo posee", como escribió Ortega y Gasset definiendo la cultura. Desde el presente hay que mirar hacia el pasado y hacia el futuro.

Hoy

Unas palabras finales. Hoy cursan en nuestra casa ochocientos alumnos de ambos sexos. Hay tres turnos: mañana, tarde y vespertino. Integran el Consejo Superior personalidades respetables. Profesoras y profesores cumplen su deber. Es justo señalar que lo hacen en duras condiciones, en un país que los olvidó durante muchos años. La bajísima remuneración no es sólo un problema económico, es algo peor, es una injusticia y una falta de consideración a la investidura de quienes forjan el alma presente y futura de la Nación.

Así y todo, nosotros, es decir, todo el personal del Instituto Libre, modestos educadores en esta encrucijada de una época que, al parecer, agoniza, con otra que ha empezado a nacer, tratamos en el arduo país de nuestros días, de mantener la excelencia que ilustra la tradición de nuestra casa. Nunca es tarea fácil y es más difícil hoy, inmerso todavía el país en la dolorosa decadencia ética que desde hace más de medio siglo signa la historia política y moral de la República. Siempre nos orienta la luz permanente que recibimos de nuestros padres espirituales. Tratamos de crear conciencias libres y enseñamos el respeto a la justicia, el primer valor de la vida, e inculcamos la convivencia con solidaridad. Esto hará que los alumnos mujeres y hombres sean fieles a sí mismos, a su país y a su Colegio.

Así, en esta hora, nuestra vocación es firme y en el Instituto Libre vive joven la esperanza.